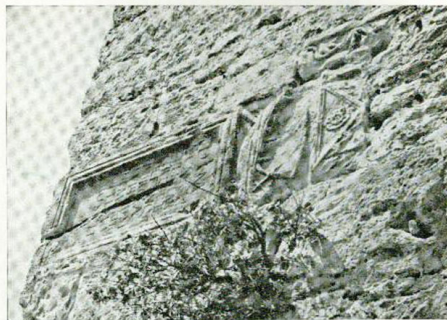


Caracola de la Historia



En las caracolas marinas de nuestra infancia, el secreto y la voz del mar se ofrecían con tanta fuerza a la imaginación, aún sin huellas, que otros conocimientos no lograron, después, destruir aquel misterio ni acallar la voz antigua. Desde la última vuelta, desde los nácares más huidos, el hondo gemir del agua ha contado durante milenios su historia sin palabras y sin humano sentir.

La rodera de la Historia, quehacer del hombre, se marcó en todas partes, y el campo y la ciudad se convirtieron en tornavoz del vivir de otros tiempos. En la tierra fué huella viva con el crecer de los frutos de otros cielos, junto a las plantas aborígenes. La obra del hombre fué tornadiza e insegura.

Las marinas caracolas entregaron a nuestra ilusión de niños su voz bullidora y monótona, muy lejos de lo humano; los viejos edificios y los documentos de otras edades hablan ya a nuestra imaginativa con paíabra de hombre.

Tortosa fué siempre, en lo vegetal, el olivo, don de Minerva, y el vino, como sangre nueva, derramándose junto al laurel heroico y la sal que perfecciona el alimento. También el trigo, con su color de cera vieja. Después vino el carnaval de los frutos exóticos que trajo la conquista americana y el conocer otras tierras: moradas berenjenas, verde recién pintado o bermellón en el pimiento, y ese rojo imposible del tomate, con el amarillo apretado, como un recuerdo del oro inca, de la mazorca del maíz. Y casi ahora, los cristales

enharinados, diminutos, del arroz, vencedor de charcas y paludismo.

La apretada teoría de generaciones que pasaron por este valle último del Ebro dejaron también el recuerdo de su vivir en las piedras trabadas que los muchos años pintaron de color antiguo y en los pergaminos que maduraron su amarillez en el quieto existir de los archivos.

Pocas ciudades, como la nuestra, hacen resonar en sus calles olvidadas, en sus construcciones de estilos que fueron, la caracola de la Historia: una voz que a todos aguarda, desde siglos, bajo las bóvedas góticas de los templos, en la dura masa militar de los castillos o en la ordenada quietud de un patio renacentista.

Si en el reino vegetal, simiente tras simiente, la Historia permaneció en signo vivo, que se derrama cada día sobre nuestra mesa, el renovar significó siempre destruir, y el surco nuevo se abrió sobre la ruina del anterior allí donde todo fué obra del hombre.

Mucho deshizo el manoseo del tiempo, mucho se llevó el zarpazo de los años difíciles y más destruyó la ambición de bienes o la ignorancia; pero la ciudad sigue conservando suficiente hacienda para avivar el interés de todos.

Sólo un hilo quebrado de voz nos llega de los pueblos más bañados por la sombra de los tiempos, y sólo el Medioevo empieza a hablar con la segura palabra de sus construcciones, de su arte y de sus documentos.

La romanización también tuvo su lenguaje —tal vez su elocuente lenguaje— que años y años de destruir convirtieron en balbuceo.

¿Qué viento anónimo hinchó la vela de esa nave de alta popa que el amor de PORCIA EUPIROSINE dedicó a su «óptimo marido», no regresado de sus andanzas por un mar romanizado e imperial? ¿Qué suceso elevó la lápida hasta ese mastelero mayor del castillo de la Zuda, como gaviero vigilante de un mar de historias?

Sólo un nombre, CACILUS CUBICULARIUS, y la hiriente huella de un afecto perdido en el tiempo, PORCIA, quedan de su dedicación primera; pero esa nave se levanta sobre la ciudad como el antiguo ser de una Tortosa marinera que botaba sus embarcaciones primitivas en el oro o la plata, el cobre o el bronce de sus monedas, y que en el siglo XVII, para aviso y defensa de *senyors de leny, nauxers* y mercaderes de mar, recogía en el noveno libro de sus *Costums* las «Consuetudines et Usus maris quibus utuntur homines dertusenses». ¡Cómo creció el tenue hilillo de voz!

La catedral es, en su «cocktail» de estilos, elegancia espiritualizada en el ábside, belleza sobria del claustro y un morirse del gótico, de arco en arco, en su camino hacia la grandiosidad de la fachada, no acabada, del proyecto de Martín Abaria; pero la lucha y cruce de los gustos artísticos hacen resonar en sus muros las disputas estéticas de cuando edificar en gótico, en renacentista o en barroco significaba una revolución.

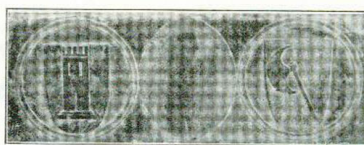
En el Archivo Capitular, los proyectos de Basques de Montblanch, de Martín Abaria y de Antonio Ferrer son como un dolor constante por lo que pudo ser nuestro primer templo.

Junto a los nombres que salmodia el episcopologio tortosino revive una historia de alcance universal, recogida en las líneas de unos pergaminos o de unos papeles viejos. Otón de Moncada y Adriano de Florencia sirvan a la brevedad del ejemplo.

En el rincón renacentista del Museo, con las fachadas hirvientes de platerescos, el equilibrio total del patio de San Luis nos envuelve en un silencio sin prisas y nos induce al recuerdo sabroso de unos tiempos que no conocieron ni imaginaron el agobiado vivir de ahora.

Todos es, en el corto andar de unos pasos, cambios de siglos, cruces de épocas y el murmullo constante de la Historia, naciendo en los sillares que soles y lluvias envolvieron en el tono sentado y suave de la pátina, en las abreviaciones de los documentos que fueron envejeciendo sin curiosidades.

En esta ciudad, gran privilegio, los tiempos pasados dicen sus relatos como la voz del mar aparecía en la boca de la caracola que aplicábamos a nuestro oído y a nuestra imaginación infantil. Manos paternas ayudaron al conocimiento de los nácares marinos y su secreto. Quiera Dios que siempre tenga Tortosa hijos enamorados para acercar al oído de los demás la maravillosa caracola de la historia de su ciudad.



«Los Tres Sellos», piedra simbólica
de las grandezas de Tortosa